Los hombres heterosexuales y su vida emocional

Victor J. Seidler

La referencia a la heterosexualidad se plantea como un reconocimiento del yo, usualmente es como una relación de poder que sirve para normalizar una pauta particular de relaciones sexuales que oprimen a las mujeres, los *gays* y las lesbianas. Ha sido decisivo destacar esto junto con el carácter compulsivo de la heterosexualidad, que se propone como una norma. Pero si ha sido decisivo reconocer que la heterosexualidad existe no simplemente como una preferencia sexual, sino como una poderosa institución dentro de la sociedad patriarcal, también ha significado que, por muy diferentes razones, ni los hombres ni las mujeres identificados como heterosexuales han tenido oportunidad de decir gran cosa al respecto. Si los hombres fueran considerados como "el enemigo", entonces las relaciones sexuales con hombres serían, cuando mucho, toleradas silenciosamente, especialmente cuando las mujeres sintieran que estaban apoyando una institución que serviría para oprimir a otras mujeres. Pero vale la pena preguntar si conviene pensar en la heterosexualidad exclusivamente como una relación institucional de poder. Obviamente, esto repercutirá en las maneras en que entendamos el espacio de las relaciones íntimas y personales, y *cómo* opera el poder dentro de las relaciones. Una cosa es cuestionar una noción liberal de la integridad de la esfera privada y personal, y otra muy distinta es reconocer las diferentes fuentes de poder que podrían estar implicadas en las relaciones heterosexuales.

Con los retos del feminismo y los movimientos de liberación *gay*, los varones han tenido que repensar su relación con la heterosexualidad, como parte de una exploración para replantear lo que significa "ser un hombre". ¿En qué ámbitos se convierten los niños en hombres y cómo se relaciona esto con las diferentes masculinida-

des —tanto *gay* como buga—[1] disponibles? Si ya no podemos asumir la masculinidad como si se tratara de algo "natural", ¿qué significa que las masculinidades estén "social e históricamente construidas"? A menudo, antes de que hayamos entendido completamente cuál es el problema, aparecen las dualidades entre lo que es "natural" y lo que es "construido". Todavía hay mucha confusión en el planteamiento de los términos en que algunas de estas cuestiones están enunciadas, y no sabemos si las preguntas que estamos haciendo son las que más ayudarían a comprender cómo adquieren los varones sus identidades sexuales. Muchos hombres que se identifican a sí mismos como "heterosexuales" no quieren abordar estos temas y ven la política sexual como un asunto que concierne a "otros".

Es notable que el número de hombres que han respondido activamente al feminismo en las diferentes generaciones políticas, desde 1970, sea todavía relativamente pequeño. A pesar de que los temas sobre varones y masculinidad se han movido desde los márgenes hacia el centro de las preocupaciones culturales y políticas, todavía hay relativamente poca discusión a propósito de *cómo* los hombres se relacionan con sus heterosexualidades. Al mismo tiempo, hemos experimentado una enorme diversidad de estilos masculinos y una flexibilización de las fronteras que hubieran separado tradicionalmente a la masculinidad *gay* de la buga. Los hombres jóvenes que crecieron en los años setenta y ochenta parecen atravesar límites y explorar diferentes identidades por sí mismos de manera mucho más relajada. No hay duda de que están ocurriendo cambios significativos; pero hay también una gran confusión sobre lo que significa ser varón. La generación joven ha tenido que vivir con la amenaza del sida, y esto ha transformado las posibilidades de exploración sexual como parte del autodescubrimiento.

Parte del atractivo de la noción de que las masculinidades son "social y culturalmente construidas"deriva del espacio que ayuda a crear para pensar que no hay un solo modelo al que los hombres se tengan que ajustar. En diferentes periodos ha habido

[1] Conservamos el vocablo inglés *"gay"* porque su uso está bastante extendido en español; y proponemos "buga" por *"straight"* (recto, correcto) para designar la heterosexualidad, porque conserva el tono coloquial originario. (N. de los TT.)

una variedad de códigos y maneras de aprender lo que significa ser un hombre.[2] Esto no puede legislarse en las formas que nuestros progenitores y maestros pudieron alguna vez haber supuesto, y ayuda a cuestionar el estatus de las autoridades tradicionales en la medida en que los hombres jóvenes reclaman una libertad que otros les hubieran negado fácilmente: la de decidir por sí mismos qué clase de hombres quieren ser. Pero esta libertad también puede ser aterradora si abre demasiadas opciones a la vez y nos deja con la sensación de que uno debe ajustarse inevitablemente a códigos en cuya creación no ha participado. ¿Con qué bases se supone que diferentes varones tomarán sus propias decisiones?

La masculinidad en tiempos modernos

Tradicionalmente, ha habido una fuerte identificación entre masculinidad dominante y modernidad que se ha organizado alrededor de una identificación entre masculinidad y razón, lo que ha significado que los hombres den por sentado que son racionales. Esto les ha permitido legislar para otros antes de haber aprendido realmente a hablar sobre sí mismos de una manera más personal.[3] También tiene que ver con las formas en que la masculinidad dominante ha enseñado a los varones a relacionarse con sus propias vidas y sexualidades. Los hombres con frecuencia han aprendido a usar la razón para discernir qué es lo que les brindará felicidad y realización.

De cierta manera, esto ha servido para despersonalizar la experiencia que los varones tienen de sí mismos, lo que a menudo les hace más difícil compartir lo que sienten. Con frecuencia, dentro de

---

[2] Un trabajo útil que muestra que "la historicidad de la 'masculinidad' es más clara por la evidencia cultural comparativa de las diferentes prácticas genéricas de los varones en diferentes órdenes sociales" (p. 597) se puede encontrar en R. W. Connell en "The Big Picture: masculinities in recent word history", *Theory and Society*, 22, pp. 597-623. Véase también la interesante colección *Dislocating Masculinity: comparative ethnographies*, editado por N. Cornwall y N. Lindisfarne (1993, Routledge, Londres).

[3] La identificación de una masculinidad dominante con una particular noción de razón fue tema central de mi libro *Rediscovering Masculinity: reason, language and sexuality* (1986, Londres, Routledge). Ahí traté de mostrar las maneras en que esa identificación se manifestó cultural e históricamente en las primeras respuestas de los varones al feminismo de los años setenta.

la cultura dominante de la masculinidad blanca de clase media, los varones aprenden a hacer lo que se espera de ellos y, por tanto, a definirse "externamente". Tal como he tratado de exponerlo en *Unreasonable Men* (Hombres irracionales), esto se debe a que la racionalidad de los varones ha sido definida de manera que los coloca en una categoría aparte de la naturaleza. Esto pone a la masculinidad dominante en una relación ambivalente con la identidad sexual, que se considera "animal" y, por consiguiente, se ve como una amenaza para nuestra existencia como seres racionales.[4]

Como seres racionales, "nosotros" no somos seres sexuales; más bien, estamos amenazados por sentimientos sexuales que potencialmente nos recuerdan de nuestra "naturaleza animal". Si queremos sostener una posición de masculinidad dominante, estaremos tentados a pensar que podemos gobernar nuestras vidas mediante la razón pura. Como varones, se supone que somos independientes y autosuficientes. No tenemos necesidades emocionales propias porque hemos aprendido a considerarlas señales de debilidad. Solamente los "otros" tienen esas necesidades y, de ese modo, demuestran que son inferiores. No hay lugar para tales aspectos de nuestra experiencia dentro de los discursos dominantes eurocéntricos de la masculinidad. Aprendemos a deshacernos de ellos para probarnos ante los ojos de otros hombres, pues uno de los aspectos decisivos de la modernidad es que, si bien los hombres damos por sentado que somos racionales, nunca podemos estar seguros de nuestra masculinidad. Siempre tenemos que estar listos para demostrar nuestra hombría cada vez que sea cuestionada. Nunca podemos sentirnos relajados y tranquilos respecto de una masculinidad que puede ser puesta a prueba en cualquier momento.

Kant sostiene la superioridad de los varones porque sólo ellos pueden dar por supuesta su racionalidad. Esto significa que, en términos de una visión ilustrada de la modernidad, los varones blancos pueden legislar el significado de ser humano y por lo tanto,

[4] Un intento por subvertir una identificación fácil entre varones y razón, como algo contrapuesto a mujeres y emoción, fue decisivo para el proyecto de *Unreasonable Men: masculinity and social theory* (1994, Londres, Routledge). Ahí traté de mostrar que los varones a menudo están emocionalmente ligados a una noción particular de razón, separada de la naturaleza, y que esto ha configurado de manera central las formas "modernas" de la teoría social y de la filosofía.

sentar los términos a partir de los cuales los "otros" tienen que demostrar si son capaces de formar parte del "círculo mágico" de la humanidad. Al mismo tiempo, Kant postula que el matrimonio es un contrato en el que ambas partes están de acuerdo en hacer mutuo uso de los órganos sexuales del otro. Como Carol Pateman lo describe: "Kant arguye que 'entre marido y mujer existe una relación de igualdad por lo que respecta a la posesión mutua tanto de sus personas como de sus bienes'. Rechaza la sospecha... de que haya algo contradictorio cuando se postula al mismo tiempo la igualdad y el reconocimiento legal del marido como amo" (Pateman, 1988:172).[5]

Para Kant es claro que las mujeres necesitan establecer una relación con un varón para ser capaces de seguir la luz de la racionalidad de una manera en que los varones supuestamente no necesitan a las mujeres. Era la razón, y no la sexualidad, lo que inicialmente crea el tipo de dependencia de la que Kant habla. La razón es aquello de lo que las mujeres supuestamente carecen y en lo que se sostiene la noción de superioridad masculina. Pero esta noción también sirve para que no veamos a la heterosexualidad como una relación de poder y subordinación, pues es en este ámbito donde se supone que los sexos son más iguales, según Kant. La sexualidad tiene que ver con nuestras "naturalezas humanas", y dentro del ámbito de la naturaleza hay muy pocas diferencias genéricas. Esto asienta la base para pensar en la heterosexualidad como un asunto de preferencia sexual individual, mientras que al mismo tiempo es normativizada. De alguna manera, pasa a existir como algo que está más allá del límite de la investigación teórica racional.

Las sexualidades modernas

Hasta cierto punto, las sexualidades siguen siendo una dificultad para muchos de los trabajos postestructuralistas, que a menudo asu-

[5] En *Kant, Respect and Injustice: the limits of liberal moral theory* (1986, Londres, Routledge), estaba yo preocupado por explorar las dificultades que Kant tenía para sostener su noción de respeto e igualdad cuando se trata de relaciones de poder y dependencia. Hay vínculos entre las maneras en que piensa a propósito de las clases y las maneras en que piensa a propósito de los géneros, que han tenido un impacto decisivo en la teoría democrática.

men una distinción moderna entre "cultura" y "naturaleza". Se supone que nuestras identidades se establecen dentro del ámbito de la pura cultura. Es dentro de la cultura donde podemos ser "libres" y "autónomos". Pero, paradójicamente, se ha vuelto más difícil hablar del deseo y de los sentimientos sexuales porque están "social e históricamente construidos" dentro del ámbito de la pura cultura. A menudo quedamos atrapados en una especie de intelectualismo, pues es a través de las categorías de la mente como supuestamente definimos nuestras sexualidades y llegamos a conocernos sexualmente. Si bien esto promete una libertad de la que las concepciones biológicas carecen con demasiada frecuencia, también tiende a convertir la sexualidad en un asunto de libertad individual y de decisiones. Nos quedamos con una idea restringida de los goces y preocupaciones que a menudo están ligados con la exploración y el descubrimiento de nuestras sexualidades.[6]

Más bien, heredamos un paquete completo de confusiones que nos inducen a pensar que si nuestras sexualidades no están "dadas" por la naturaleza, deben ser libremente creadas por nosotros mismos. Esto dio pie a que la noción de preferencia sexual se considerase una "decisión política", y de esa manera se volvió una fuente de hostilidad que se podía dirigir fácilmente contra aquellos que no parecían estar preparados para hacer una elección clara en contra de la heterosexualidad. Por consiguiente, podría parecer que si nuestras sexualidades no están "dadas por la naturaleza", entonces deberíamos ser capaces de transformarlas voluntariamente. Podríamos, supuestamente, reinventarnos a nosotros mismos de acuerdo con lo que quisiéramos que nuestras sexualidades fueran. Esto, paradójicamente, hace eco de una tradición protestante secularizada que ha contribuido mucho en la configuración de nuestras visiones de la modernidad. Se convierte en un asunto de "la mente sobre la materia", y puesto que las sexualidades tienen que ver con el cuerpo, el

[6] No obstante que el libro de Judith Butler, *Gender Trouble* (1990, Nueva York, Routledge) hace un importante trabajo al subvertir posibilidades de identificar sexo y género que no habían sido problematizadas, de manera que nos ayuda a repensar una distinción categórica entre "sexo" y "género" que ha sido durante mucho tiempo el eje del trabajo estructuralista, puede verse que nos deja un voluntarismo en relación a las identidades sexuales. En su último trabajo no parece muy conforme con esta interpretación, pero también se le dificulta cambiarla.

cual está considerado como una parte de la naturaleza, se supone que nosotros podemos configurar nuestras sexualidades.

Aquí es importante cuestionar la noción tradicional de sexualidad como una "necesidad irresistible" que viene del cuerpo y que tradicionalmente ha organizado cierta idea del deseo sexual heterosexual que repite la noción de sexo como una expresión de nuestra "naturaleza animal" como hombres. La idea parece ser la de que, una vez que los varones han sido sexualmente excitados, ya no pueden ser responsabilizados. Así es que se ha responsabilizado a las mujeres y son ellas las que cargan con la culpa.[7] Como varones, nos hemos tardado en colocar la responsabilidad en el sitio que le corresponde en nosotros mismos, y en aprender a plantear nuestra experiencia en diferentes términos. Esto ha servido para que muchos varones pongan en duda el dualismo cartesiano entre mente y cuerpo, que deja a los hombres separados de y ajenos a su experiencia somática. Dentro de este planteamiento tradicional que durante tanto tiempo se ha dado por supuesto en las formas "modernas" de la filosofía y de la teoría social, a menudo nos quedamos con la sensación de que nuestros cuerpos existen en un espacio separado.

Al aprender a pensar en el cuerpo, dentro de las masculinidades blancas dominantes, en términos mecanicistas, como algo que necesita ser entrenado y disciplinado, los varones frecuentemente establecen poca conexión interna con sus cuerpos.[8] A menudo claudicamos de cualquier autoridad que pudiéramos tener respecto de ellos, y aceptamos que tienen poca conexión con nuestras identidades como seres racionales. Aprendemos que el cuerpo tiene que subordinarse a la mente y que tenemos que ejercer un riguroso control sobre él. Esto ayuda a configurar no sólo las maneras en que

[7] La idea de que la sexualidad de las mujeres es una amenaza contra la razón masculina fue decisiva en la configuración de una visión ilustrada de la modernidad. Tiene diversas fuentes en Occidente. Véase, por ejemplo, la perspicaz discusión de Rousseau en el libro *Women in Western Political Thought* de Susan Moller Okin, parte 3: Rousseau, pp. 99-194 (1980, Londres, Virago).

[8] Aunque ha habido mucha discusión interesante sobre el cuerpo en la teoría social más reciente, ésta a menudo no puede articularse seriamente con el trabajo feminista ni con la naturaleza genérica de las vidas corpóreas. Bryan Turner ha realizado un importante trabajo al mostrar los retos y la promesa de llevar el cuerpo a la teoría social. Véase, por ejemplo, *Regulating Bodies: Essays in Medical Sociology* (1992, Londres, Routledge).

aprendemos a pensarnos a nosotros mismos como varones, sino también las relaciones que podemos establecer con diferentes aspectos de nuestra experiencia. El cuerpo, como parte de una naturaleza desencantada, no tiene voz propia. Si tiene deseos propios, tienen que ser "animales" y deben ser regulados y controlados desde afuera. No tiene sentido la posibilidad de desarrollar un diálogo con las diferentes partes de nuestros cuerpos, dándole, por ejemplo, alguna clase de voz propia a nuestro dolor de espalda.

Sin embargo, el desarrollo de diálogos con las diferentes partes de nuestros cuerpos podría hacernos conscientes de lo poco que, como varones heterosexuales, conocemos realmente nuestros cuerpos y nuestras sexualidades. En términos mecánicos, es fácil tomar el cuerpo como un hecho dado, pensándolo como si sólo mereciera atención cuando nos falla de alguna manera. Como el coche o la pareja, se supone que el cuerpo ahí debe estar, como parte del fondo en el que aprendemos a vivir nuestras vidas individuales como varones. Con frecuencia, nos concentramos en el éxito y la realización individuales, porque ésta es la manera en que las identidades masculinas se sostienen. Si nos da un dolor de espalda cuando todavía tenemos pendiente un trabajo importante, podemos enojarnos con nosotros mismos, en lugar de preguntarnos qué es lo que nuestras espaldas podrían estar tratando de decirnos sobre la manera en que hemos estado viviendo nuestras vidas recientemente.

Solemos ir al médico, por ejemplo, no para entender más de nosotros mismos, sino para deshacernos de los síntomas corporales. Podríamos sentirnos decepcionados de que la ortodoxa medicina occidental parezca tener tan poco qué ofrecer en lo que se refiere a las espaldas. Pero sucede que el médico es la autoridad y aprendemos a aceptar que la ciencia médica se ha apropiado del cuerpo como si fuera un "objeto". Es el doctor quien tiene el conocimiento objetivo, mientras que nosotros podemos tener, cuando mucho, una experiencia subjetiva. Esto no nos induce a preguntarnos cómo han sido construidas a través del tiempo nuestras relaciones con nuestros cuerpos, ni nos pone a cuestionar lo poco que nos conocemos somáticamente. La idea de conocer más nuestros cuerpos nos puede parecer un capricho dentro de los planteamientos tradicionales del varón blanco, heterosexual y dominante. A menudo le encontramos poco sentido a lo que podría ocurrir si nos deci-

diéramos a conocer más nuestros cuerpos o estableciéramos algo más que una relación con nosotros mismos.

Los cuerpos de los hombres y sus heterosexualidades

Tal cosa podría tener como resultado maneras decisivas de entender las sexualidades masculinas heterosexuales. Como con frecuencia entendemos tan escasamente lo que podría implicar que nos diéramos tiempo y espacio sexualmente, pensamos automáticamente que la sexualidad viene de un espacio que está afuera de nosotros mismos. Esto tiene que ver con un temor que sentimos a menudo, relacionado con la homofobia, a propósito de las revelaciones de nuestros propios cuerpos. Hasta cierto punto, no queremos saber más de nosotros mismos. Hemos crecido con la idea de la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, y como una manera de probarnos frente a otros niños. El deseo viene de otra parte y tiene un "objeto" particular hacia el cual se dirige. Esta visión está también en Freud y en gran parte del trabajo psicoanalítico.

Pero también es decisivo reconocer otras resonancias en Freud, que aprecian la importancia de construir una mejor relación con el yo. Freud cuestiona la tradición cartesiana de manera crucial cuando reconoce que las emociones tienen que ser rastreadas dentro del yo. Tradicionalmente ha sido fácil asumir que los pensamientos están en la mente, la cual es la fuente de nuestra identidad como seres racionales, mientras que las emociones y los sentimientos se localizan en alguna otra parte del cuerpo. La consecuencia de esto es que no hay conexión entre nuestros pensamientos, por un lado, y nuestros sentimientos y emociones por el otro. En términos más bien kantianos, ha sido fácil tomar a las emociones como distractores que nos sacan de la ruta de la razón. Es por eso que fue tan decisivo para los varones aprender el "auto-control", lo que significó la subordinación de nuestras vidas emocionales.

Presumiblemente, hay pocas cosas que nuestras emociones puedan enseñarnos, y ninguna distinción significativa que pueda dibujarse entre las emociones y los sentimientos. Más bien, podríamos tener una relación interna con nuestra razón, que sería por lo tanto considerada, dentro de la moral liberal y la teoría política, como

la fuente de la libertad y la autonomía. En contraste, nos quedaríamos con una relación externa con nuestros sentimientos y emociones, que sería fuente de determinación y falta de libertad según Kant.

Varones, razón y vida emocional

Dentro del planteamiento kantiano del yo no había manera de reconocer nuestros cuerpos y vidas emocionales como parte de nuestro yo. Más bien, se les consideró una amenaza a la integridad del yo que tenía que ser protegido mediante el silenciamiento de las emociones, los sentimientos y los deseos. A cierto nivel, las emociones no son "nuestras" en el sentido de que están afuera del marco del yo racional. A menudo esto tiene resonancia en las formas en que los varones aprendemos a relacionarnos con nuestra ira como algo que viene de afuera de nosotros mismos, y por lo tanto no es algo de lo que podamos realmente hacernos cargo. Es un episodio que tiene poco que ver con nuestra manera de ser. Es algo similiar a alguien que se niega a aceptar que es alcohólico, y dice que simplemente es una persona a la que le gusta echarse un trago todos los días. Hay un cerco de negación, construido dentro de este planteamiento, que vuelve fácil desresponsabilizarse.

Si los varones se piensan a sí mismos como el tipo de gente que no se irrita, entonces es fácil para ellos descartar la ira, como si fuera un incidente aislado. Esto es especialmente sencillo cuando se ha aprendido a pensar las relaciones como conjuntos de situaciones discretas. Es como si la vida se descompusiera en una serie de momentos discretos. A menudo esto se ve en la facilidad con que los varones dejan atrás sus emociones cuando se van a trabajar, mientras que las mujeres hablan mucho más de cómo el pleito de la mañana puede ensombrecer el resto del día. Algunos varones se enorgullecerían de esa capacidad de "desconectarse" que les permite concentrarse en el trabajo diario sin distraerse por lo que está ocurriendo en casa. Esto bien puede provenir de las maneras en que los varones aprenden a no considerar ni a las emociones ni a los sentimientos como fuentes de conocimiento. Otros dirían que es sólo otro ejemplo de las formas en que los varones están desconectados de su experiencia.

Pero sería más útil reconocer que la identificación entre masculinidad dominante y razón, que desempeña tan decisivo papel en el sostenimiento de las nociones de superioridad masculina, al mismo tiempo crea dificultades en las vidas emocionales de los varones. Freud reconoce que dentro de la cultura racionalista de la modernidad los varones tienen el poder de imponer los términos de acuerdo con los cuales los demás tienen que probarse a sí mismos. Lo que le interesaba era ilustrar el daño que se le había infligido tanto a los hombres como a las mujeres mediante la represión de la sexualidad en Occidente. También reconocía que las formas de represión de la sexualidad tenían que ver con la supresión de la vida emocional.

Para Freud fue importante cuestionarse acerca de las formas en que la negación de las emociones servía para producir un sentido de "irrealidad" para el yo. Tanto los varones como las mujeres necesitaban reclamar sus historias emocionales como parte de un proceso que traería consigo más "realidad" a sus vidas. Pero Freud también sirve para apoyar afirmaciones particulares acerca del deseo heterosexual, y el caso de Dora ha sido utilizado para mostrar cómo Freud parecía pensar que era "irracional" para una mujer rehusarse a los avances sexuales de un hombre "elegible" en grado sumo. Esto, según Freud, se volvió algo que necesitaba ser explicado en términos de las funciones de las fuerzas inconscientes.[9]

Varones, cuerpos y vida emocional

Cuando pensamos en cómo el psicoanálisis ha dado por supuestas durante mucho tiempo concepciones particulares de la masculinidad, tenemos que pensar en la forma en que éste ha tratado al cuerpo. La negativa a pensar seriamente acerca de los argumentos que

[9] El caso de Dora ha sido decisivo para reflexionar sobre la relación entre psicoanálisis y feminismo. Véase, por ejemplo, la colección *In Dora's Case: Freud-Hysteria-Feminism*, editado por C. Bernheimer y C. Kahane (1985, Londres, Virago). También hay una discusión útil en el libro de Jeffrey Masson, *Against Therapy*, cap. 2, "Dora and Freud", pp. 84-114 (1989, Londres, Fontana). Muchos psicoanalistas han descalificado totalmente este trabajo, pero yo pienso que esto se debe en parte a que no quieren encarar algunos de los difíciles temas que trata. He discutido críticamente el trabajo de Masson en *Unreasonable Men: masculinity and social theory*, cap. 14, "Sexuality", pp. 165-183.

separan a Freud de Reich ha vuelto difícil situar al cuerpo dentro de la teoría psicoanalítica. Si hemos aprendido recientemente a pensar más a propósito del cuerpo, ha sido frecuentemente como un lugar con significados culturales. No hemos logrado abordar los problemas de las relaciones que establecen los varones con sus cuerpos ni de cómo éstas afectan las maneras en que entendemos las sexualidades masculinas. Si la gente ha empezado a hablar sobre cómo los cuerpos desean y se relacionan con otros cuerpos, a menudo ha sido difícil relacionar tales discursos con los diferentes aspectos de la experiencia genérica, porque la experiencia en sí misma se ha vuelto una categoría sospechosa dentro de muchos de los escritos postestructuralistas.

Pero si hemos de escapar de las nociones de la sexualidad como rendimiento, entonces tenemos que reconocer que las maneras en que hablamos de la sexualidad, como varones divididos por clase, raza, etnia y orientación sexual, tienen que conectarse con las maneras en que nos vivimos sexualmente a nosotros mismos. Un simple ejemplo sería que si los varones heterosexuales aprendemos a asumir que sólo los "demás" tienen necesidades emocionales, y que "nosotros" no las tenemos, esto crea inevitablemente un desequilibro dentro de las relaciones mismas. A menudo, será una manera en que los varones se sentirán bien consigo mismos al pensar que están ahí para "apoyar a los demás", mientras que ellos en realidad no necesitan nada. Pudiera ser que los hombres llegaran más fácilmente al reconocimiento de sus propias necesidades si abrieran un espacio a partir del cual pudieran empezar a explorarse sexualmente a sí mismos, simplemente conociendo mejor sus cuerpos. Pudiera ser que sólo empecemos a amar a los otros cuando hayamos aprendido a amarnos a nosotros mismos un poco más.

Cuando planteamos las sexualidades heterosexuales masculinas, es decisivo que no generalicemos a través de la clase social, la raza y las etnias. También es importante considerar que la gente necesita diferentes tipos de relaciones en diferentes momentos de su vida. Necesitamos deshacernos del moralismo que ha hecho tanto daño a las discusiones acerca de la política sexual. Se vuelve decisivo que respetemos saludablemente la individualidad si vamos a crear espacios en los cuales la gente pueda explorar sus sexualidades de manera cómoda y segura. Pero he aquí un problema relacio-

nado con las formas; por ejemplo, a menudo los niños deben probarse a sí mismos de acuerdo con reglas externas. Se vuelve difícil desarrollar más una relación interna con el yo cuando los niños aprenden que mostrar cualquier emoción es una señal de debilidad. Con la amenaza del sida se ha vuelto todavía más difícil para los varones jóvenes explorar sus sexualidades como caminos para conocerse más.

Con frecuencia es difícil para los varones reconocer que tienen necesidades emocionales y que éstas necesitan ser alimentadas. Inclusive una idea como ésta pudiera parecer amenazante, puesto que arroja dudas sobre los planteamientos tradicionales del yo con que los niños han crecido y que dan por supuestos. Entonces, por ejemplo, les puede ser difícil identificar las maneras en que les gusta ser tocados o abrazados porque con ello ya están asumiendo que han construido una relación particular con el yo. Dentro de las relaciones sexuales puede ser mucho más seguro para los varones "coger por coger", porque esto es mucho menos amenazante para cierta idea de la identidad masculina. Esto puede ser sencillamente una manera de encubrir la vulnerabilidad, en lugar de compartirla. Porque hay muy pocas cosas que nos enseñen, como niños, que la sexualidad tiene que ver con la vulnerabilidad y el contacto. Esto genera que tengamos poca experiencia para cierto tipo de contactos, pues durante mucho tiempo hemos aprendido que la vulnerabilidad es un asunto riesgoso.

Lo que como varones heterosexuales hemos aprendido a desear es sexo sin contacto ni involucramiento emocional. A menudo, existe un temor que está ligado con la posibilidad de volvernos vulnerables. Es un riesgo que aprendimos a evitar porque no queremos correr el de ser rechazados. El sexo se convierte en una manera en la que podemos afirmarnos como varones arriesgándonos lo menos posible al rechazo. Es parte del control que podemos creer que poseemos como forma de minimizar los riesgos implícitos. Estamos tan acostumbrados a querer controlar las situaciones, que cerramos los ojos ante las formas en que ocurren porque estamos más preocupados con el temor al rechazo. Muchas veces estas formas de control se relacionan con las maneras en que hemos aprendido a pensar y a sentir a propósito de nosotros mismos como varones.

Varones, modernidad y heterosexualidad

Una visión ilustrada de la modernidad se liga con una noción particular de masculinidad dominante. La identificación de masculinidad y razón ha permitido a los varones dar por supuesto que nos hallamos en el centro. Aquí es donde los varones blancos heterosexuales están situados, pues son ellos quienes establecen los términos de acuerdo con los cuales los "otros" tienen que demostrarse a sí mismos que son "humanos". Puesto que la razón se sitúa fundamentalmente en oposición a la naturaleza, y la sexualidad se toma como parte de la "naturaleza humana", la superioridad masculina se construye en contra de la sexualidad. Son más bien las mujeres las que se identifican con sus cuerpos y, por tanto, con sus sexualidades, mientras que los varones son identificados con su racionalidad. Como lo he expuesto, esto explica parcialmente el desdén que los varones pueden sentir tan fácilmente por las mujeres en el contexto de las relaciones sexuales. Sirve para clasificar a la heterosexualidad como relación de desigualdad y poder dentro de la cual los varones aprenden fácilmente a culpar a las mujeres por sus deseos sexuales.

Dentro del marco de las masculinidades dominantes, blancas y heterosexuales, los varones aprenden a dar por supuesta su superioridad. Esto va aparejado con un fuerte sentido de autoridad a partir del cual los varones pueden sentir que tienen el derecho de ser oídos y también escuchados. Esto puede ser reforzado en las relaciones de la familia patriarcal, donde los niños a menudo son tratados de forma muy diferente de como se trata a las niñas. Con frecuencia, las madres les servirán, y ellos se acostumbrarán a ser atendidos como si de alguna manera esa atención se les debiera, lo cual puede acostumbrarnos a que las mujeres sean las que nos sirven en las relaciones de pareja. Es por esto que se vuelve tan decisivo romper con algunos de estos modelos, de manera que los niños y las niñas aprendan a participar desde el principio de manera igualitaria en el trabajo doméstico. Allí donde a los hermanos se les permite salir a jugar mientras que de las hermanas se espera que se queden a ayudar a su madre a preparar la comida, las expectativas están tan claramente establecidas que resultan difíciles de cuestionar.

Hasta cierto punto, los varones a menudo absorben la noción de que las mujeres los necesitan de una manera en que ellos no

necesitan a las mujeres. Tradicionalmente, han sido los varones los que han considerado que su papel es el de "poner a las mujeres en su lugar", porque ellas son emocionales e irracionales, y se supone que no pueden arreglárselas por su cuenta, lo cual suele ser usado para justificar la violencia de los varones en contra de las mujeres. Adam Jukes, en su perturbador, aunque fallido libro *Why Men Hate Women* (Por qué los hombres odian a las mujeres), presenta el estudio de caso de Alan, quien es gerente de nivel medio en una gran empresa pública; Alan va a terapia después de haberse comportado de manera sumamente violenta en contra de su compañera.[10] Cuando le preguntaron qué había ocurrido, dijo que "ella nada más seguía regañándome y nunca se hubiera callado". Tal y como Jukes lo reseña (p. 267), los ataques de Alan son una respuesta a los regaños: "ella se volvió una vieja regañona, y era 'muy mala'. El tenía que detenerla. '¿Así que le pegas porque es mala y tienes que detener su maldad?', le pregunté. 'Creo que sí', contestó; 'haría cualquier cosa para que dejara de regañarme. Supongo que lo hago para controlarla y evitar que me esté regañando. ¡Ella es tan irracional!'."

Con frecuencia para los varones es difícil lidiar con la infelicidad o la depresión de sus compañeras, pues piensan que, de alguna manera, ellos tienen la culpa de lo que está ocurriendo. Se pueden sentir traicionados por esos sentimientos, pues están trabajando duro para mantenerlas, y ellas deberían sentirse agradecidas por lo que hacen. En lugar de sentirse agradecidas, parece que se sienten frustradas y desdichadas por lo que está ocurriendo en la relación. De nuevo, puede ser difícil para los varones *escuchar* lo que está pasando, pues podemos suponer fácilmente que de nosotros se espera que aportemos alguna clase de solución que ayude a terminar con esos sentimientos negativos. Como éstas son las formas en que hemos aprendido a tratar con nuestros propios sentimientos, podemos encontrar difícil aceptar que nuestras parejas quieran algo distinto.

[10] Lo que falta en el recuento de la violencia masculina de Adam Jukes (*Why Men Hate Women*, 1993, Londres, Free Association Books) es un sentimiento suficiente que los varones tengan de sí mismos. Su confianza freudiana en la naturaleza primitiva de la violencia masculina en contra de las mujeres causada por una separación temprana de la madre, relaciona la violencia de los varones con el poder social y la experiencia de diversas masculinidades dentro de una sociedad patriarcal. Irónicamente, sirve para iluminar, en su confianza y autoridad, una relación entre masculinidad y psicoanálisis. Pareciera que el propio Freud se hubiera cansado de escuchar el sufrimiento de los demás.

Los varones pueden llegar a responsabilizarse por sus compañeras de maneras sumamente inapropiadas. Al replantear las identidades masculinas, tenemos que aceptar diferentes maneras de asumir la responsabilidad. Pues a cierto nivel, los varones no aprenden a responsabilizarse por sus propias vidas emocionales. Esto es lo que esperan que las mujeres hagan por ellos, sin comprender lo que ocurre realmente, ya que a menudo piensan que *no* tienen necesidades emocionales propias, lo cual crea un desequilibrio en las relaciones heterosexuales, pues parece que son siempre las mujeres las que tienen necesidades y emociones, mientras se supone que los varones aprendieron a enfrentar sus emociones en formas bastante diferentes. Esto puede dejar a las mujeres con un sentimiento de frustración y falta de reconocimiento, pues pareciera que tener necesidades emocionales es de hecho un signo de debilidad y dependencia.

El feminismo ha sido decisivo al cuestionar el carácter posesivo de las relaciones heterosexuales. Los varones con frecuencia llegan a considerar a las mujeres como de su propiedad, pues de esta manera hemos aprendido a relacionarnos también con nuestros propios cuerpos. En la tradición liberal, la libertad consiste en que seamos capaces de hacer nuestra voluntad con lo que poseemos. Esto explica por qué hasta hace muy poco no tenía sentido la idea de que podía existir una violación en el contexto del matrimonio, pues el sexo era tratado como una obligación que las mujeres tenían para con los varones. Pero si bien la ley ha cambiado, nos hemos tardado mucho en reconocer el profundo cambio de actitud hacia la sexualidad que esto implica. En la modernidad, parecía como si los cuerpos de las mujeres fueran considerados propiedad de los varones, pues parecía haber muy pocas opciones para caracterizar los deseos sexuales propios de las mujeres.

Con esta amarga historia femenina [*herstory*][11] podría resultar difícil no pensar en la heterosexualidad solamente en términos institucionales, como una relación de poder que ha reforzado la subordinación y la opresión de las mujeres. Pero si pensamos en las relaciones sexuales entre hombres y mujeres simplemente como un ejer-

[11] *Herstory* = historia de ella, por oposición a *history* como "historia de él". (N. de los TT.)

cicio de poder, tiene poco sentido plantear *cómo* transformarlas. Sin minimizar el poder que opera aquí ni las formas en que es mediado por relaciones de poder sumamente generizadas, también es importante reconocer las diferentes formas de poder que se ponen en juego. Aunque el poder frecuentemente es el meollo del asunto en las relaciones sexuales, como lo demuestra la bibliografía sobre violación, puede ser engañoso reducir el contacto sexual al poder

Varones, sexo y posesión

Para los varones identificados como heterosexuales aún es fácil sentir que el sexo de alguna manera se les debe, y si sus parejas no quieren tener contacto sexual, puede serles difícil escuchar su negativa. Los varones parecen más aptos para separar la sexualidad del contacto y la intimidad. De nuevo, no ayuda mucho generalizar, y confiamos en que podremos explorar algunas de las fuentes de este problema con más detalle. Pero en este momento, digamos que los varones quieren el contacto sexual, mientras que las mujeres parece que también perciben sus sentimientos sexuales en relación con el contacto y la intimidad. Lo que es más difícil de desentrañar son los poderes que operan cuando a las mujeres se les hace sentir que de alguna manera se espera que hagan el amor cuando ellas no lo desean. Si han actuado en contra de sus sentimientos más profundos, a menudo se abrirá una grieta en la relación de pareja. Algo similar podría pasar con los varones, aunque con frecuencia sean menos conscientes de ello.

Esto no quiere decir que el sexo no sea a veces lo más importante para ambos miembros de la pareja ni que el sexo no sea maravilloso aunque haya muy poco contacto emocional. Ha sido muy importante para las mujeres ser capaces de reconocer la autonomía de sus propios deseos sexuales, que fueron durante tanto tiempo negados dentro del patriarcado. Durante mucho tiempo existió el doble mensaje de que mientras, por un lado, las mujeres eran identificadas con su sexualidad, por el otro les era negada la autonomía de sus propios deseos sexuales. Esto era parte del control que ejercían tradicionalmente los varones.

Pero esto no quita los daños que se infligen cuando las perso-

nas sienten que tienen relaciones sexuales en parte porque eso es lo que se espera de ellas. A veces, las mujeres se recluirán dentro de sí mismas, al sentir que están distanciadas de sus compañeros, porque hay demasiado poco contacto emocional. Esto es algo de lo que los varones a menudo no pueden darse cuenta porque sus sentimientos sexuales pueden aparecer más separados. Es difícil pensar sobre tales diferencias genéricas, pero parece importante considerarlas. Aunque nos hemos acostumbrado cada vez más a pensar en las diferencias, todavía es posible que nos sintamos amenazados por ellas porque parecen cuestionar ciertas nociones de igualdad. Sería muy útil explorar los temas de la polaridad dentro de las relaciones sexuales, que, si acaso han sido tratados, han sido teorizados demasiado a menudo en términos masculinistas junguianos.

Al plantear la diversidad de las sexualidades de los varones tenemos que reconocer un *punto de cierre* interno que puede tener lugar cuando no hay resonancia entre los sentimientos internos y su expresión externa. Cierta tradición estructuralista estuvo demasiado dispuesta a tratar la vida emocional interna como una representación interior de la realidad social externa, dándole poca integridad a nuestros sentimientos y emociones. Caracterizadas dentro de los términos racionalistas, le resultó difícil apreciar que nuestras emociones pudieran tener una lógica diferente, de manera que podamos sentir algo respecto de una situación sin ser capaces realmente de explicar lo que estamos sintiendo. Para un racionalista, es fácil condescender con el pensamiento de que si no podemos explicar nuestros sentimientos de manera racional, queda demostrado que son "irracionales". Pero no tiene que ser así.

Algunas de estas dinámicas no son específicas de las relaciones heterosexuales y sería fructífero atravesar los límites y reconocer qué dinámicas similares operan en las relaciones homosexuales. El sentimiento de rechazo que alguien siente cuando una pareja se disuelve animaría la determinación de no permitirse ser tan vulnerable la próxima vez. Podría ser que tuviéramos que aprender a levantarnos y a comenzar de nuevo. Problemas de intimidad y vulnerabilidad, poder y desigualdad, deseo y experiencia, pueden presentarse en diferentes tipos de relaciones. De nuevo, es difícil generalizar cuando se trata de sexualidades, y sólo podemos esperar ser lo suficientemente abiertos como para aprender de nuestra experiencia. Pero

no hay garantía de que todos queramos siquiera aprender las mismas lecciones.

Varones, vida interior y pareja

Cuando nos sentimos tentados por la teoría psicoanalítica a garantizar la autonomía de una vida interna psíquica y emocional, nos quedamos con diferentes problemas sobre cómo relacionar los sentimientos internos con las maneras en que nos relacionamos con los demás. Un tema que podría volverse decisivo es qué *sentimiento* tenemos de lo que hacemos. Esto lleva lo "externo" y lo "interno" a un diferente tipo de relaciones entre sí. Nos conduce a temas sobre la naturaleza del *contacto* que establecemos en diferentes relaciones y las formas en que el contacto sexual se vincula con los sentimientos. De nuevo es difícil generalizar, y la gente podría estar buscando muy diferentes tipos de contacto, por lo cual es importante cuestionar las formas en que la heterosexualidad ha sido con frecuencia propuesta como una norma a partir de la cual se evalúan otras sexualidades y se conciben como "desviadas" o "patológicas".

La política sexual ha ayudado a cuestionar la normativización de la heterosexualidad, y a crear un espacio para la afirmación de diferentes formas de identidad sexual, pero con frecuencia ha quedado atrapada en una identificación de ética con moralismo, y por eso se vuelve tan difícil explorar cuestiones de ética sexual. Tendríamos que aprender a identificar las relaciones de poder y subordinación que operan en las relaciones heterosexuales, pero ha habido un silencio alrededor de la manera en que la gente aprende a negociar condiciones más igualitarias dentro de tales relaciones.

No se trata de restarle importancia a la realidad de las relaciones de poder, sino de reconocer que también están en juego dentro de muchos tipos de relaciones sexuales. Deben tomar una forma particular en las relaciones heterosexuales, donde hay una lucha continua por establecer la igualdad, la independencia y la autonomía de las mujeres; pero también es importante reconocer los diferentes tipos de poder que existen, y que nos hemos tardado en reconocer, porque hemos asumido que amenazarían el reconocimiento de la subordinación de las mujeres en la sociedad en su conjunto.

Muchas veces, las mujeres han cuestionado a los hombres por no estar más involucrados y presentes emocionalmente en las relaciones de pareja. Las mujeres con frecuencia han aprendido a ejercer su propio poder, pero esto no les trae ni felicidad ni realización si hay poco contacto significativo. Para los varones suele ser difícil apreciar esto, pues las masculinidades tradicionales están definidas en la esfera pública del trabajo y las relaciones competitivas con otros hombres. Los hombres tienen que estar a la defensiva en todo momento porque nunca pueden dar por sentadas sus masculinidades. Los varones a menudo piensan que están trabajando duro por el bien de sus relaciones de pareja y sus familias, por lo que se pueden sentir abandonados y traicionados cuando no se sienten apreciados. Esto, en parte, se debe a que los hombres crecen dando por supuesto que ocuparán un espacio central en la vida de su familia; pero cada vez más hombres se quedan con la sensación de que son prescindibles y la familia se ha organizado sin ellos.

Varones, intimidad y pareja

Una masculinidad heterosexual dominante se sostiene dentro de la esfera pública del trabajo. Con frecuencia se da por sentada una relación sexual y emocional una vez que se ha establecido, pues las identidades masculinas se sostienen en otros ámbitos. Es como si los varones vivieran en un espacio diferente, de manera que constantemente se les tuviera que recordar sus obligaciones emocionales con la familia. Conforme analizamos las vidas de estos varones, nos damos cuenta de cómo opera la separación entre relaciones de pareja y trabajo, pues en muchas ocasiones los hombres están atados a su trabajo en formas obsesivas porque todavía es esto lo que importa para la construcción de sus identidades masculinas.

A menudo, las mejores energías de los varones se emplean en el trabajo, y llegan junto a su compañera exhaustos y exprimidos. Desde luego, tenemos que ser específicos respecto de la edad, la clase, la etnia y la generación, pero hasta cierto punto hay temor a la intimidad porque los varones han aprendido que necesitan mantenerse enteros para el trabajo. Son los "otros" los que tienen necesidades emocionales y los que requieren apoyo. Esto suele crear un

particular desequilibrio porque deja a las mujeres sintiéndose débiles y dependientes simplemente porque tienen sus propias necesidades emocionales. A veces aprenden a acallar sus propias demandas porque no quieren ser el miembro de la pareja que siempre está demandando algo.

Pero el feminismo ha apoyado a las mujeres para que planteen sus demandas en las relaciones de pareja y para que insistan en que los varones piensen sus masculinidades. En un nivel, esto ha significado que las mujeres se rehúsen a realizar todo el trabajo emocional en apoyo de sus compañeros. Han insisitido en que los varones encuentren maneras de apoyarse emocionalmente en otros varones, y de esa manera han modificado la geografía emocional de las relaciones. Cuando esto ha sido difícil, los varones a menudo se han recluido dentro de sí mismos, por lo menos durante un tiempo. Pero a veces tienen que aprender que existen grupos de hombres dentro de los cuales hay un espacio diferente, nada familiar, en el cual pueden empezar a explorar algunos de sus modelos heredados de masculinidad.

Como los varones suelen depender de que las mujeres interpreten por ellos sus emociones y sentimientos, sin agradecer ni valorar los esfuerzos que tienen que hacer las mujeres para lograr esa interpretación, se sienten sorprendidos cuando las mujeres se niegan a poner en primer lugar sus relaciones con los varones. Al aprender a replantear sus propias vidas, los varones han tenido que aprender a identificar sus necesidades emocionales. Esto suele ser difícil porque se sienten despojados de un lenguaje emocional para traducir sus necesidades. Por ejemplo, pueden estar tan acostumbrados a vivir sin contacto que no saben cómo reconocer lo que están recibiendo en sus relaciones, ni cómo éstas los sostienen. Suele suceder que sólo cuando las relaciones terminan los varones reconocen lo que han perdido; están tan concentrados en atribuir responsabilidades y en encontrar quién fue el culpable de lo que ocurrió, que no empiezan a identificar el papel que también ellos tuvieron que desempeñar.

Con frecuencia, en las relaciones heterosexuales, los varones suelen sentir que las mujeres son, de alguna manera, las responsables de la pareja. Esto se debe en parte a que los hombres suelen aprender a concebir las relaciones de pareja en términos mecanicistas. Una vez que la pareja se establece, entonces, supuestamente, sólo

necesita tiempo, espacio y energía, si algo anda mal. A veces, los hombres resienten que se les saque de espacios más importantes y pueden culpar a sus compañeras por no haber sido capaces de afrontar el problema.

Esto ocurre así especialmente cuando los problemas tienen que ver con los niños, como si hasta cierto punto todavía fuera responsabilidad de las mujeres asumir el cuidado de los hijos. Los padres pueden estar dispuestos a ayudar, pero la responsabilidad todavía yace en otra parte. Los varones suelen tener una idea muy vaga del tiempo y la energía que cuesta sostener una relación emocional, y de las distancias que se crean con el resentimiento. Más bien, a los varones se les educa para asumir que siempre hay algo que pueden hacer para mejorar la situación.

Varones, feminismo e igualdad

El modelo de las relaciones heterosexuales blancas de clase media tradicionales se ha modificado, en las últimas dos décadas, con el creciente número de mujeres que trabajan. Esto crea las condiciones materiales para una relación más igualitaria pues ambos miembros de la pareja parecen capaces de compartir lo que aportan a su situación de vida, cuando comparten un espacio. Existe la idea muy extendida de que en los años ochenta y noventa los varones y las mujeres deben ser más igualitarios en el contexto de las relaciones heterosexuales. También es más común para cada uno de los miembros de la pareja mantener sus propias amistades fuera de la relación de pareja. El trabajo puede ser igualmente importante y ambos pueden tener ideas sobre la carrera que quieren seguir. Esto establece un modelo de pareja diferente, en el cual ambas partes están constantemente reflexionando sobre lo que obtienen de la relación y si quieren sostenerla. A menudo se piensa en esto como una opción de estilo de vida, en lugar de pensarse como un compromiso de por vida. Esto ocurre de manera paralela con cambios en las formas en que la gente concibe las relaciones sexuales. Pero, de nuevo, habrá decisivas diferencias de género, clase y etnia que hace falta explorar. Suele decirse que los varones jóvenes parecen menos interesados en los compromisos a largo plazo.

Las nociones liberales de igualdad dentro del contexto de las relaciones sexuales suelen romperse cuando nacen los hijos. Se asume entonces que las mujeres se sentirán muy felices de regresar al trabajo después de unas cuantas semanas, y que todo "volverá a la normalidad". Es muy poco, dentro de la cultura contemporánea, lo que parece preparar a la gente joven para el impacto que un hijo puede tener en una pareja y el tipo de dependencias que crea. A menudo, el embarazo y el parto sacan a la superficie emociones que nos ligan con experiencias de la infancia ciertamente irresueltas. Una relación de pareja que ha sido cuidadosamente organizada, en espacio y tiempo, sobre principios más racionales, suele no estar nada preparada para los cambios que pueden ocurrir. Cuando los varones han estado comprometidos con el embarazo y se ha permitido que se desarrolle una relación emocional cercana, a veces la experiencia del nacimiento de un bebé da lugar a lazos muy positivos. Esto ha sido una experiencia transformadora poderosa para muchos varones que a menudo quieren estar mucho más comprometidos con sus hijos de lo que sus padres estuvieron con ellos.

Pero después de unos cuantos días, los varones suelen regresar al trabajo y las mujeres se sienten abandonadas pues pareciera que sólo sus vidas se han modificado radicalmente. Este puede ser uno de los momentos más difíciles y las mujeres pueden sentirse sin apoyo. Hay muy poco de "natural" en la vinculación con el bebé, y a menudo las mujeres tienen que aprender cómo cuidarlo. Si los varones no se comprometen de la misma manera en el espacio emocional a lo largo de este periodo de aprendizaje, podrían sentirse cortados y excluidos, pues su formación les provee de poca paciencia para aprender las nuevas habilidades. A veces los varones se sienten desplazados al ver que hay un fuerte lazo entre la madre y el bebé, del cual se sienten excluidos. Muchas veces, en las relaciones tradicionales, los varones esperan estar en el centro del universo emocional de la familia, de manera que ahora se sienten amargamente rechazados y suelen ser incapaces de expresar lo que les está ocurriendo.

¿De qué son responsables los varones? Si son responsables por traer esta nueva vida al mundo, ¿no deberían ser igualmente responsables del cuidado del bebé? Se trata de preguntas decisivas para plantear las masculinidades heterosexuales contemporáneas, pues

los varones suelen sentirse muy poco preparados para los cambios que ocurren en sus vidas. Hasta cierto punto, solemos inconscientemente esperar que nos traten de la misma manera que fueron tratados nuestros padres, así es que, no importa lo que digamos, también podemos resentir ya no estar en el centro de las cosas. Con frecuencia, los varones parecen sentirse prescindibles, especialmente en los meses que siguen al nacimiento del bebé, cuando sienten que toda la atención y el amor que antes les estaba destinado, ahora son para el bebé. Algunos hombres parecen buscar por fuera aventuras amorosas como una manera de enfrentar esta situación. Pero esto puede generar las causas para un rompimiento en la pareja. Los varones pueden sentirse culpables, aunque tratan de mitigar estos sentimientos acusando a sus compañeras de haberlos alejado.

Puede ser difícil que a los varones se les dedique atención y afecto cuando lo esperan, si la atención de sus compañeras está en otra parte. En un nivel inconsciente, puede existir el deseo de castigar o de vengarse. Pero los varones también se pueden sentir culpables por esos sentimientos, así es que suelen no hablar de ello. En lugar de eso, suprimirán sus sentimientos pensando que son "irracionales". Esto refleja la dificultad con que los varones le dan espacio y se relacionan con sus vidas emocionales; han aprendido, dentro de la cultura racionalista, a negar que las emociones y los sentimientos sean fuentes de conocimiento. Suelen sentir que han aprendido a sobrellevarlo todo sin emociones ni sentimientos, y que eso es un signo de fuerza y de su identidad masculina. Pero esto con frecuencia significa creer que pueden sobrevivir sin el apoyo y el amor de los demás. Podemos dar por supuesto, y por lo tanto, devaluar, lo que se nos ofrece como apoyo en las relaciones.

Varones, vulnerabilidad y vida emocional

Dentro del mundo competitivo, los hombres suelen aprender a sobrevivir por su cuenta. Es difícil confiar en otros hombres o ponerse en situaciones de vulnerabilidad ante ellos, porque en demasiadas ocasiones sentimos que los otros se aprovecharán de nuestra "debilidad". Se necesita un planteamiento completamente diferente de las masculinidades para darse cuenta de que demostrar vulnerabili-

dad no tiene que ser una señal de debilidad, sino, por el contrario, que puede ser una señal de fortaleza. Es posible que los varones *gay* hayan aprendido a relacionarse con los demás de maneras más abiertas y vulnerables, pero para los varones heterosexuales, éste todavía es un problema muy grande. Sin embargo, de nuevo, tenemos que modificar estas categorías pues, si la heterosexualidad es un asunto en el que se ama a personas de diferente género, entonces tenemos que reconocer que hay muy diferentes maneras de demostrar amor.

Muchas veces hay una enorme confusión a propósito de cómo pensar las diferencias entre sexo y amor.[12] Una cosa es darse cuenta de las maneras en que el amor está "construido social e históricamente", y otra muy distinta pensar que el "enamoramiento" no existe. Es en parte porque tenemos tan poco control sobre las maneras en que nos enamoramos, que el enamoramiento puede ser tan amenazante para los varones que han sido educados para asumir que la vida es algo controlable mediante la razón pura. No podemos controlar los movimientos de nuestro deseo tan fácilmente, pero esto no quiere decir que siempre actuemos bajo su imperio.

Más bien, en una cultura protestante suele haber muy poco *espacio* entre nuestras emociones y nuestras acciones, puesto que se nos juzga de antemano "malvados" por las emociones que tenemos. Sentirse sexualmente atraído por alguien al mismo tiempo que se tiene una relación sexual estable se considera tan fácilmente un signo de traición o una prueba de nuestras "sexualidades animales" que solemos suprimir estos sentimientos y no queremos realmente reconocer las revelaciones de nuestras naturalezas. Parte de la contradicción que sentimos tanto teórica como prácticamente al pensar en la "naturaleza", es que suele existir como un ámbito más allá de nuestro control. Dentro de una visión ilustrada de la modernidad, nos gusta pensar, especialmente como varones heterosexuales, que tenemos nuestra experiencia bajo control.

Así como necesitamos crear más espacio entre nuestras emociones y nuestras acciones, también necesitamos reconocer que la "naturaleza" no necesita estar ligada con la "determinación" y con

[12] Una colección amplia e interesante que aborda esta problemática relación es *Sex and Love*, editada por Sue Cartledge y Joanna Ryan (1983, Londres, The Women's Press).

la "carencia de libertad". Las teorías feministas se han vuelto suspicaces ante los argumentos que se refieren a la naturaleza, porque éstos se han invocado tradicionalmente para postular que si las mujeres rechazan una vida de domesticidad y cuidado de los niños, van "en contra de la naturaleza". Sin embargo tenemos que tener cuidado de no caer en distinciones kantianas entre necesidad y libertad, cuando utilizamos una distinción entre lo que está "determinado" y lo que es "libremente elegido". Tal distinción a menudo ha empantanado discusiones en relación al "esencialismo", al cual solemos oponerle demasiado rápidamente una noción de "construccionismo social". Toma tiempo y experiencia para que la gente empiece a conocerse sexualmente y a definir sus identidades sexuales. Esto es parte de la manera en que la gente acaba por querer expresarse sexualmente y las maneras que encuentra para dar y recibir amor.[13]

Esto es algo que la gente tiene que explorar por su cuenta. No puede ser resuelto de antemano o simplemente concebido como un asunto de elección política. Tampoco es algo fijo, sino en proceso de cambio, conforme adquirimos experiencia de nosotros mismos en diferentes formas. Pero probablemente esto significa el cuestionar que la noción de "experiencia" puede ser concebida como un efecto del discurso solamente. Esto es cerrar los ojos a las tensiones que suelen existir entre lo que experimentamos *y* cómo aprendemos a pensar a propósito de nosotros mismos. A menudo nos resulta muy doloroso tratar de que nuestra experiencia quepa dentro de lo que esperan de nosotros las autoridades que dominan nuestras vidas. Nos enseñan a que nos traguemos lo que sentimos para que podamos hacer lo que se espera de nosotros. Pero esta es la manera en que nos mantenemos ignorantes de nosotros mismos, sin saber nunca realmente lo que aprenderíamos desde nuestra experiencia.

Los varones nos sentimos acosados por el temor al rechazo, por lo que a menudo es mucho más fácil hacer lo que se espera de nosotros, en lugar de explorar lo que queremos individualmente para

[13] Una exploración temprana de algunos de estos temas que hacen un corte longitudinal para la distinción entre masculinidades *"gay"* y *"buga"* se encuentra en *Men, Sex and Relationships*, editado por Victor J. Seidler (1992, Londres, Routledge), y reúne varios textos de *Achilles Heel*.

nosotros. Esta clase de exploración emocional es amenazante porque puede desorganizar y turbar las maneras en que hemos aprendido a pensar acerca de nosotros mismos; con frecuencia se le desdeña, especialmente dentro de la cultura intelectual que no quiere dar espacio al reconocimiento de los muy diferentes caminos a través de los cuales podemos llegar a conocernos. Algunas de estas posibilidades se han abierto en las discusiones postmodernas, las cuales reconocen diferentes sentidos y exploran posibilidades que han sido negadas convencionalmente dentro de la concepción moderna de la razón radicalmente separada de la naturaleza. Pero esto también es amenazante para las masculinidades dominantes que se han identificado tan estrechamente con la razón en la modernidad.

Conforme los varones aprenden a reconocer sus fantasías y lo que los atrae, incluso si esto no cabe dentro de sus concepciones de sí mismos, abren espacios para la exploración y el juego. A veces abrigamos la esperanza de que exista tal espacio de juego dentro de nuestras relaciones íntimas y sexuales, pero muchas veces estamos tan poco acostumbrados a dedicarnos tiempo y atención a nosotros mismos que puede ser difícil atender a los demás. Más bien, en cierto nivel podemos sentirnos acosados por la idea de que no somos capaces de amar. Nuestras fantasías podrían ser excitantes, pero de alguna manera esta excitación parece diluirse en las rutinas cotidianas de las relaciones. Desearíamos que fuera de otra manera, pero nos parece difícil cuidar a los demás si todavía tenemos que aprender a cuidar de nosotros mismos. En una redefinición de las masculinidades, los varones aprenderíamos a estar más dispuestos a explorar diferentes aspectos de la experiencia, en lugar de negar emociones y sentimientos que consideramos "inaceptables" porque no encajan con la racionalidad que hemos establecido de nosotros mismos.

Varones, lenguaje y contacto

En muchas ocasiones, los varones blancos de la clase media han aprendido a relacionarse con el lenguaje como un medio de autodefensa o como una manera de probarse ante los demás. Esto puede abrir una brecha entre las maneras en que los varones se

sienten interiormente y las maneras en que se presentan ante los otros. Pocas veces pensamos que sería posible sacar lo que sentimos, porque tememos que los demás nos ridiculicen y nos desprecien. Desde luego, esto tiene sus matices según las diferencias de clase, raza y etnia que ayudan a formar las masculinidades particulares. Pero no importa qué diferencias necesiten ser reconocidas, existe la idea de que los varones con frecuencia tienen que demostrarse a sí mismos que son hombres y que esto implica demostrar que eres un "hombre de verdad"; suelen aprender a usar el lenguaje como un medio para defender esta imagen de sí mismos que heredaron.

Pero esto puede dificultar la reconciliación entre las formas en que sentimos que necesitamos ser con otros varones y las formas cómo querríamos ser en el contexto de la relación íntima con una mujer. Aquí, los varones a menudo experimentan una brecha, especialmente cuando sienten que mostrar su vulnerabilidad significa poner en peligro el mero sentido de la identidad masculina. A veces, como ya lo he mencionado, puede ser difícil para los varones escuchar lo que sus compañeras tienen que decir porque sienten que les demandan "soluciones" para combatir sus sentimientos negativos. Como hemos aprendido a tratar así con nuestros propios sentimientos negativos depresivos y de tristeza, pensamos que ésa es la clase de apoyo que se nos está pidiendo. Pero a veces nuestras parejas se sienten frustradas y no escuchadas pues no buscaban soluciones que podían descubrir por sí mismas, sino solamente la experiencia de ser escuchadas también.

En ocasiones, a los varones les cuesta tanto trabajo escuchar, porque se sienten responsables por los sentimientos "negativos" que sus parejas están experimentando. Pero ésta no es una responsabilidad que les ataña, a pesar de que en el planteamiento de las relaciones heterosexuales tradicionales es el camino a través del cual los varones llegan a entender lo que se espera de ellos. Conforme se vuelven más conscientes de sus propias necesidades de contacto, pueden empezar a discernir *cuándo* este contacto es genuino porque es protector. Es difícil reconocer esto si continúan insistiendo en que se las arreglan perfectamente bien sin el amor y el apoyo de los demás. En la medida en que la modernidad insista en definir las identidades masculinas dominantes como "independientes" y "autosuficientes", producirá incertidumbre acerca de qué significa para los hombres relacionarse con los demás.

Esto puede ayudar a fomentar una ruptura entre sexo e intimidad donde el sexo se convierte en una meta, un medio para demostrar o afirmar masculinidades. Puede tentar a los hombres a que traten el sexo como alguna clase de propiedad que se les debe, como alguna clase de derecho. En esta concepción posesiva, el propio sexo podría considerarse un asunto de rendimiento. Dentro de semejante planteamiento del yo, que es familiar en la teoría liberal, el yo pasa a ser identificado con la mente y goza de una relación externa y posesiva con el cuerpo. Esto se conecta, como ya lo había yo sugerido, con la *externalización* de los sentimientos sexuales, como si vinieran de alguna otra parte y se posesionaran de uno en un tipo de necesidad irresistible que no puede ser contenida. De esta manera, los varones pueden renunciar a la responsabilidad sobre sus sentimientos sexuales y desplazar la culpa hacia las mujeres. También significa que los varones pueden acallar los temores que aprenden a tener sobre sus naturalezas "animales".

Esto de alguna manera explica por qué es tan decisivo para los varones aprender *cómo* volverse más responsables de sus emociones y sentimientos. Como los varones comparten más sus fantasías sexuales con otros varones, pueden empezar a resolver qué es lo que significan. En lugar de sentirnos avergonzados por lo que nos revelan de nosotros mismos, podemos reconocer las fantasías por lo que son. Esto ayuda a crear más espacio entre nuestras emociones y nuestras acciones, pues reconocemos que no actuamos bajo el imperio de esas fantasías. Conforme más dispuestos estemos a reconocer nuestras emociones, aunque quisiéramos que fueran diferentes, creamos un espacio más emocional. En una cultura donde nos hacen sentir que nuestras emociones son vergonzosas, aprendemos a negar lo más íntimo de nuestras naturalezas. Mientras las concibamos como "mavadas" y "animales", estaremos también negando lo que nuestras naturalezas tienen que enseñarnos.

Dentro de la tradición racionalista, nos hemos tardado en reconocer la integridad de nuestras vidas emocionales. Aunque ha sido decisivo reconocer la heterosexualidad como una institución de poder, también necesitamos darnos cuenta de las diferentes maneras en que los varones y las mujeres pueden aprender a amarse los unos a los otros. Mientras el sexo penetrativo se considere esencialmente coercitivo, habrá pocas maneras de explorar diferentes modelos de

contacto sexual. Necesitamos revisar las tensiones que se construyen en el contacto sexual de hombres que han aprendido a condensar toda una serie de necesidades diversas en el contacto sexual. Si esto se suma a las ansiedades masculinas acerca del rendimiento sexual, puede ser difícil establecer una comunicación entre los miembros de la pareja. Conforme los varones aprendan a identificar necesidades discretas de ser abrazados, tocados, acariciados en diferentes formas, no sentirán la presión interna de tener relaciones sexuales incluso cuando no son lo más apropiado para ellos, por no hablar de sus parejas.

Mientras los varones sientan que hablar de sexo es la manera más segura de matar sus sentimientos, estarán menos inclinados a comunicar sus necesidades. En cierta forma, los varones pueden sentirse avergonzados de verbalizar lo que quieren si sienten que eso de alguna manera compromete una idea heredada de identidad masculina. Si se toma el lenguaje como algo que mata la pasión, entonces la gente se sentirá muy reticente a hablar sobre sus propias necesidades. Los varones suelen sentir que sus progenitores deberían saber lo que ellos quieren, y que si no lo saben es porque no los aman de verdad; suelen estar atrapados en concepciones sumamente románticas de las relaciones, pues acarrean nociones muy idealizadas del amor.

Como los niños se convierten en hombres al reconocer que son atraídos sexualmente por el sexo opuesto, suelen pensar en las niñas como "otros" completamente distintos a ellos y que son conscientes en cierta forma de que viven en un mundo completamente diferente. Como temen perder prestigio frente a los varones de su grupo de pares, pueden sentir el poder que las niñas tienen de rechazarlos. Esto los puede volver suspicaces respecto de los discursos feministas que les recuerdan el poder que tienen en relación con las niñas. Con frecuencia esto no se ajusta a las ansiedades e inseguridades que los niños experimentan sobre sí mismos. De nuevo es importante no generalizar sobre las diferentes masculinidades. Pero al analizar las identidades masculinas suele haber un temor hacia la intimidad y hacia el contacto. A menudo esto se refleja en una inquietud respecto de cómo hablarle a las niñas, quienes parecen tener intereses que las colocan bastante lejos de los mundos cotidianos del futbol y las computadoras en donde los niños parecen habitar.

Este temor a la intimidad suele acarrearse hasta las relaciones heterosexuales adultas. Como los hombres aprenden a ser autosuficientes e independientes, como lo hemos descrito, suele haber muy poca idea de lo que significa participar en una relación. En cierta forma, los varones pueden estar acosados por la idea de que no son amables, y no saben cómo resolverlo. Esto se refuerza, dentro de la cultura moral protestante, en la que la idea de tener necesidades es un signo de debilidad. Es demasiado fácil dar por supuestas las relaciones puesto que las identidades masculinas se establecen en cualquier parte dentro del ámbito público. Hay poca idea del "trabajo emocional" que lleva sostener una pareja y de las maneras en que tiene que mantenerse el contacto para que una relación a largo plazo siga siendo excitante.

Los varones suelen atravesar crisis cuando nacen sus hijos y sus parejas se transforman en "madres". Esto puede traer a la superficie todo tipo de emociones infantiles irresueltas con las que los varones no están acustumbrados a lidiar. Si hay poca experiencia de cómo resolver esto en el contexto de una pareja, los varones pueden buscar excitación en alguna otra parte. La familia se ha vuelto un lugar muy diferente, y los hombres no solamente se sentirán rechazados cuando la atención de sus compañeras se dirige al bebé, sino que además existe la idea de que la "compañera" que ellos conocieron "ya no" es la misma, desde que se convirtió en "una madre". Los varones sienten que sus sentimientos sexuales se les han escapado sin entender realmente lo que ocurre. De nuevo, esto se relaciona con las maneras en que los varones se relacionan con su poder y han aprendido a hablar consigo mismos. Pueden simplemente plantearse el problema como si se tratara de "darse el lujo" de andar con alguien más, como si no tuvieran control sobre sus sentimientos, sino simplemente reaccionaran a ellos. Es usual que los varones, aunque provengan de muy diferentes contextos, se consideren, de alguna manera, las víctimas de sus propias vidas emocionales.

Ética, atención e igualdad

Si reconocemos a la heterosexualidad como una institución en cambio continuo conforme los varones y las mujeres empiezan a redefinir lo que quieren de sus relaciones, tenemos que explorar cómo están

mediadas las relaciones personales a través de las enormes relaciones genéricas de poder y dominación. Las altas tasas de separación y divorcio son indicativas de una crisis más amplia del signficado de tener una pareja. Si pensamos en términos de opción liberal, entonces podríamos aceptar que si hay problemas en una pareja, la gente puede optar por irse a vivir con otra persona. Pero esta visión mercantil de la pareja suele estar planteada en términos masculinistas, al tratar a la sexualidad como si fuera una mercancía que puede ser intercambiada. Para algunos varones esto parecía una opción más sana de la que conocieron con sus progenitores, quienes siguieron juntos cuando todo sentimiento de amor ya se había evaporado y ya nada más había amargura y resentimiento.

Los varones suelen aspirar a desarrollar algo diferente a lo que sus progenitores conocieron, especialmente cuando se trata de la paternidad, pero hay pocos modelos disponibles de lo que se supone que los hombres deberían ser. Hay pocas coordenadas en las que los varones parezcan capaces de confiar. A veces esto ocurre cuando se aspira a que haya una mayor igualdad dentro de las parejas. Pero con frecuencia existe una relación complicada con el feminismo, porque los varones no pueden reconocerse en algunos de los retratos que el feminismo hace de la masculinidad. Parte del atractivo reciente del libro de Robert Bly, *Iron John*, reside en el espacio que ha ayudado a crear para el reconocimiento del dolor que los varones acarrean desde la infancia.

Los varones pueden reconocer el poder que tienen en las parejas sin sentir al mismo tiempo que son responsables por todo lo que ocurre. En ocasiones ha sido fácil para las mujeres proclamar que la virtud siempre está del lado de los desvalidos. Pero las cuestiones del poder y la dominación dentro de las relaciones íntimas son más complejas y es importante que los varones aprendan a responsabilizarse de sus propias vidas emocionales, en lugar de sentir que son responsables de todo aquello que les ocurre a sus compañeras. Tradicionalmente, los varones son responsables, aunque no logren responsabilizarse emocionalmente de sí mismos. Cuando se rehúsan a compartir lo que les ocurre e insisten en ofrecer "soluciones" para los problemas de sus compañeras, lo que se pone en juego es una estrategia de evitación. A menudo esto no es lo que se quiere y no ayuda a establecer la comunicación dentro de las parejas.

Conforme los varones aprendan a cuidar de sí mismos emocionalmente, empezarán a entender mejor lo que significa cuidar de otros. Conforme empiecen a dejar que se expresen más sus necesidades emocionales y sus deseos, entenderán mejor lo que les ocurre a sus compañeras. Esto implica una comprensión diferente del respeto, en la medida en que aprendemos a reconocer la integridad de la vida emocional. Por mucho tiempo, los varones han aprendido a trivializar y a dar escasa importancia a esos aspectos de la experiencia, especialmente dentro de las culturas intelectuales dominantes. Nos ha tomado tiempo reconocer la *falta de contacto* tanto con nuestras parejas como con nosotros mismos. Como si una vez que la pareja se establece pudiera darse por un hecho, hasta que se disuelve. Pero si aprendemos a pensar menos mecánicamente, podremos recuperar la idea de que una pareja es más bien como un jardín que necesita cuidado y atención constantes.

En la medida en que los varones empiecen a reconocer sus propias necesidades de protección, empezarán a formular preguntas difíciles acerca de la manera en que han sido protegidos en su vida. Con frecuencia han sufrido porque, de acuerdo con la masculinidad dominate, se supone que no tienen ninguna clase de necesidades. Por eso es decisivo empezar a replantear las masculinidades de manera que los varones puedan empezar a desarrollar visiones diferentes de sí mismos. En lugar de considerar que sus masculinidades están dadas, podría delinearse un sentido crítico de la sociedad patriarcal que les ha ofrecido el poder, al costo de aspectos centrales de sí mismos. Weber entendió cómo la identificación de la masculinidad con el trabajo significa que los varones automáticamente se subordinen al trabajo, que se convierte en un fin en sí mismo. Cuando esta conexión comienza a perderse, los varones pueden vislumbrar diferentes oportunidades, al mismo tiempo que los sacrificios que se esperan de ellos.

Conforme los varones empiecen a reconocer que supuestamente tienen que sacrificar las relaciones con sus parejas y con sus hijos por el trabajo, que se convierte en un fin en sí mismo, más abiertamente cuestionarán los términos de este contrato. Si las relaciones han de ser más igualitarias, y si los varones han de tener relaciones cotidianas más significativas con sus hijos, entonces la organización del trabajo tiene que ser replanteada. Solemos cerrar los ojos al alto

precio que les hemos hecho pagar, porque no han aprendido a valorar un contrato más profundo con su yo emocional. Pero en la medida en que los varones aprendan a querer establecer más contacto consigo mismos y con sus parejas e hijos, estarán menos preparados para sacrificar otras partes de su vida por el trabajo. Más bien, buscarán otro tipo de equilibrio entre las diferentes áreas de sus vidas.

Pero mientras aprenden a responsabilizarse más por sus vidas emocionales, podrían empezar a apreciar sus relaciones con los demás en diferente forma. Podrían sentirse más comprometidos con el funcionamiento de las relaciones, y reconocer que esto significa abrirles más espacio y aportarles más tiempo y energía. Esto ayudará a configurar nuevas formas para las relaciones heterosexuales e ideas diferentes del respeto y la igualdad. No es una tarea fácil, pero sigue siendo vital para el replanteamiento de las masculinidades. Las formas en que hemos aprendido a ocuparnos de los demás y el trabajo que nos cuesta tratarlos como seres iguales, libres y autónomos, es un problema para los diferentes tipos de sexualidades. Sin duda, están implicados diferentes problemas y sigue habiendo formas de poder a las que hay que enfrentarse, pero todavía es posible aprender de los otros, siempre y cuando estemos dispuestos a reconocer la integridad de las diferentes formas de relaciones sexuales. Es algo que apenas estamos comenzando a hacer.

Traducción: **Hortensia Moreno y Carlos Amador**